

ALFONSO TARACENA

Nació en Cunduacán, Tabasco, el 10 de enero de 1899. Murió en la ciudad de México.

Periodista e historiador inagotable. Publicó numerosas obras, entre las que se encuentran: *La tragedia zapatista* (1931); *En el vértigo de la Revolución Mexicana* (1930); *Próceres hispanoamericanos* (1938); *Geografía económica de la América Hispana*; *Los abrasados* (1937); *Autobiografía* (1933); *Carranza contra Madero* (1934); *Cuentos frente al mar* (1928); *10 personajes extravagantes* (1930); *Francisco I. Madero y la Verdad* (1933); *Madero, vida del hombre y del político* (1937); *Mexicanos modernos* (1932); *La labor social del presidente Madero* (1959); *Madero, víctima del imperalismo yanqui* (1960); *Porfirio Díaz* (1960); *Los vasconcelistas sacrificados en Topilejo* (1958); *La verdadera Revolución Mexicana* (1960 y 1965); *Autobiografía, cuentos* (1933); *Madero, el héroe cívico* (1946); *Mi vida en el vértigo de la Revolución Mexicana* (1936); *La tragedia zapatista* (1931); *Venustiano Carranza* (1963); *La revolución desvirtuada* (1966), entre otros más en los que enjuicia con sinceridad el periodo revolucionario y sus hombres.

Fuente: Alfonso Taracena. *Los vasconcelistas sacrificados en Topilejo*. México, Editora Librería, 1958. 47 p. (Colección Resplandor), p. 9-18.

LAS VICTIMAS DE TOPILEJO

Cinco camionetas avanzaban la noche del 14 de febrero de 1930 por la carretera vieja de Cuernavaca. Iban repletas de partidarios del licenciado José Vasconcelos, candidato que había sido a la Presidencia de la República contra la candidatura oficial callista del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, quien acababa de ser herido a balazos por un potosino, Daniel Flores, momentos después de haber rendido su protesta como Presidente de México.

Entre los presos que eran conducidos al patíbulo en el silencio de las sombras, se encontraban el estudiante de Ingeniería Ricardo González Villa, los generales León Ibarra y Macario Hernández, el obrero Roberto Cruz Zequera, un ingeniero Domínguez, otro ingeniero Olea, Carlos Casamadrid, Toribio Ortega, Manuel Elizondo, Jorge Martínez, Pedro Mota, Carlos Manrique, Félix Trejo y otros muchos.

Los escoltaban policías y soldados a las órdenes de un teniente del 51o. Regimiento de Caballería apodado "El Gato".

Iban también un jardinero japonés de la cercana Hacienda de Narvarte, cuartel de esa tropa, y quien había proporcionado palas y picos que le ordenaron entregar.

Al llegar a la altura del pueblo de Topilejo se hizo alto. Con los fanales de los vehículos se divisó un ailé corpulento que dominaba el pequeño llano. Bajaron todos y echaron a caminar por entre milpas. "El Gato" examinó con su linterna el terreno y ordenó que allí, presos, policías y soldados cavaran fosas.

El anciano general Ibarra, precursor de la Revolución desde los episodios magonistas de Las Vacas y Viesca, no pudo manejar la pala por las torturas sufridas en el calabozo y sus viejos achaques de la vejiga, y hubo que ayudarlo. Al terminar, "El Gato" tomó el extremo de una cuerda, preparó un lazo, lo colocó en el cuello del general Ibarra llamándolo "viejito revoltoso" y ordenó a sus subalternos se lo llevaran.

Sobre una de las ramas del árbol se arrojó la cuerda, se recogió la otra punta y se tiró de ella. El cuerpo se elevó y quedó balanceándose en la oscuridad. El general Ibarra se había asido con una de sus manos a la cuerda, arriba del cuello, pero advertido el ardid, le desprendieron el brazo y un agente se colgó de las piernas del cadáver, que una vez en tierra, fue examinado con una linterna. Por si hubiera vida aún, le rompieron el cráneo a culatazos. Parece se le arrojó, todavía sin expirar, en la fosa.

La misma operación se hizo con el corpulento trabajador Cruz Zequera.

El tercer ajusticiado fue el estudiante Ricardo González Villa, que quiso despojarse antes de su abrigo, pero los verdugos le indicaron que no era necesario. Caminó rectamente. Una vez entre los cuerpos del general Ibarra y de Zequera, fue izado rápidamente. Otro agente se colgó de los pies y luego un oficial dictaminó que estaba muerto. Los demás siguieron el camino de sus compañeros, menos uno, Vicente Nava, que se salvó sin saberse cómo, porque en aquellos tiempos nunca se conocía por qué se mataba ni a santo de qué se perdonaba. Temblaba en el viaje de retorno. Un chofer le ofreció un cigarro. "Tome, para que se anime", le dijo.

Estrictamente se cumplió la orden superior de no hacer es-

cándalo. Diríanse exageraciones estas macabras escenas, a juzgar por el silencio de la prensa del siguiente día. Cuando mandaba el general Obregón, hasta se publicaron las fotos del general Serrano y acompañantes ajusticiados en Huitzilac. Los diarios callistas, en cambio, doce horas después de los ahorcamientos en Topilejo, sólo traían la noticia de la libertad del líder vasconcelista, licenciado Octavio Medellín Ostos, con unas declaraciones de éste, firmadas el propio día en que expiraban los mártires de Topilejo, y en las que destacaban estas frases textuales:

“...Gocé de todas las garantías necesarias... La Nación entera debe conocer lo anterior, que contribuye a aquilatar como se merece la correcta actitud de las autoridades militares y en especial del señor general Eulogio Ortiz. De esta manera podemos vivir convencidos de que ni la pasión política ha podido torcer, en ocasión tan propicia para ello, el recto criterio con que el régimen que se inaugura quiere satisfacer los anhelos de tranquilidad de nuestro pueblo.”

He aquí, en la realidad, cómo comenzaron a actuar esas autoridades del régimen que se iniciaba:

Desde doce días antes del atentado contra el ingeniero Ortiz Rubio, el 24 de enero de 1930, fueron aprehendidos en un despacho de las calles de Uruguay número 55 de la ciudad de México, el licenciado Román R. Millán, un hermano de éste y 17 personas más, antiguos partidarios del licenciado Vasconcelos que sólo se reunían a comentar el fracaso político que acababan de experimentar y sus posibles causas que por lo general atribuían al candidato. Ignoraban que tres semanas antes de que éste abandonara el territorio nacional, lo había hecho su brazo derecho, don Vito Alessio Robles, que disfrazado de mujer había escapado hacia los Estados Unidos desde Saltillo, después de aleccionar a gentes del Bajío decididas a lanzarse a la lucha, que esperaran hasta que él en esa ciudad diera el grito. El mismo camino tomaron los otros líderes principales de la oposición, a quienes fue a unirse el licenciado Vasconcelos cuando vio que el pueblo no respondía, y un general Carlos Bouquet le pedía rompiera, el cerco en que lo tenían inmovilizado los miembros de una escolta federal que diz que resguardaba su vida, y se refugiara en el sur de los Estados Unidos mientras él, Bouquet, intentaba apoderarse de Nogales, Sonora. Pero el general Juan Felipe Rico supo este

intento de alzamiento y fusiló a Bouquet y a otros que lo secundaban. En Los Angeles, Cal., el licenciado Vasconcelos supo el atentado contra Ortiz Rubio y asumió todas las responsabilidades.

Un espía, José Gutiérrez, conducido al despacho del Licenciado Millán por un amigo de éste, Joaquín Mendoza, denunció las reuniones inofensivas de los vasconcelistas, que fueron cayendo uno a uno, según iban llegando, en las manos del segundo jefe de los Servicios Confidenciales, Jesús Medina Ríos, quien los condujo a los separos de la Inspección General de Policía. Entre los detenidos estaban Salvador Azuela, Ricardo González Villa, Adolfo González V., Ernesto Carpy Manzano, Román y José Millán, Alejo Blancarte Pérez, Antonio Cárdenas, Camilo Alvarez, Modesto Benítez, Leopoldo Hernández, Ricardo Ollervides, Francisco García, Rafael Uro, Fidel Téllez, Camilo Alvarez Razo y Ricardo Siller.

Como en la lista de los presos figuraba también Ciriaco Pacheco Calvo, a quien quería tanto como a Ernesto Carpy Manzano, sugería a un poeta tabasqueño que fuéramos a verlos en la prisión, pero me respondió que no estaba loco. Siempre habíamos creído, Carlos Pellicer y yo, que estaba loquísimos, pero entonces me convencí de que no había loco que comiera lumbre.

También Carlos Pellicer cayó en las garras de los sabuesos. Nadie sabía su paradero. Yo me comuniqué con su hermano Juan y le prometí indagar, con la mediación amistosa de los camaradas periodistas. Le indiqué a la vez que se dirigiera al doctor José Manuel León Puig Cassauranc, y Juanito me respondió que ya lo habían hecho recordándole su parentesco, y había contestado que él no tenía parientes. El caso era grave: Manuel Riva Palacio había entrado en el calabozo y a insolencias había hecho que el prisionero firmara la "confesión" de que había venido de Europa con la consigna de asesinar a los generales Calles, Joaquín Amaro, al ingeniero Ortiz Rubio y al licenciado Emilio Portes Gil. (Agentes en Europa habían de antemano comunicado al gobierno callista que células comunistas habían enviado a México a sujetos con esas intenciones.)

Al mismo tiempo, Alejandro Gómez Arias interpuso una demanda de amparo en favor de Salvador Azuela, alegando ante el Juzgado Tercero de Distrito que el detenido era completamente ajeno a cualquier complot. Esto le valió a Gómez Arias

que su casa de las Calles de San Ildefonso número 23 estuviera constantemente vigilada por la policía secreta.

Por su parte, el Sindicato de Abogados del Distrito Federal, con la firma del secretario general, licenciado Francisco Arellano Belloc, reclamó la inmediata consignación del licenciado Millán y de los detenidos con él.

Contrariamente, nadie abogaba por nuestro gran "Obrero Consciente", Juan Ramón Solís. Era que nadie sabía que el 11 de aquel febrero memorable había entrado en un estancillo de la calle del "Correo Mayor" a comprar un vigésimo de la Lotería Nacional y a esperar a Roberto Cruz Zequera, su amigo y correligionario, para ponerse de acuerdo en la venta de puros de las vegas veracruzanas. La policía arrestó a los dos, luego de haber hecho lo mismo en el pueblo de Texcoco con el general León Ibarra. Amarrado éste con alambres se le condujo a la Inspección de Policía y a las once de la noche fue llevado ante el coronel Casimiro Talamantes, que lo sometió a crueles tormentos, pues hasta la sala de agentes se oían gritos quejumbrosos. A Solís y a Zequera los alojaron en celdas de la Escuela de Tiro, con centinelas atentos a todos sus movimientos. Desde luego se inició una serie de interrogatorios que duraron varios días con sus noches. Querían confesar que en el despacho del licenciado Octavio Medellín Ostos se conspiraba, cosa que Solís negó haciendo ver que era inútil que se le torturara como a José de León Toral, pues no tenía otra cosa que decir que lo que había expresado y que era la verdad.

Para capturar al licenciado Medellín Ostos comenzaron por aprehender a un cobrador suyo, un italianito Carlos Verardo Lucio, que en la guerra mundial había luchado contra los austriacos como aviador. Lo citaron en una cantina haciéndose pasar como partidarios dispuestos a lanzarse al campo, pero antes necesitaban saber dónde estaban las bombas. Terminaron por capturarlo en el jardín del Carmen y en un coche, pasándose los altos, lo arrojaron al cuartel del Chivatito, en un nicho en el que apenas cabía. En el mismo cuartel estaba Pellicer.

Antes de la medianoche sacaron al italiano y lo hicieron entrar a empellones en un coche negro, sentándolo entre el general Eulogio Ortiz y el diputado Manuel Riva Palacio. Enfilaron hacia la carretera de Toluca. Varias veces extrajeron las pis-

tolas y pararon en sitios oscuros y desolados, amenazándolo con rematarlo allí mismo si no delataba a sus cómplices. Regresaron y en otro coche, casi al amanecer, un centinela marcó el alto, se dio una explicación y se abrieron las puertas de la Hacienda de Narvarte donde se entregó al prisionero recomendándose quedase rigurosamente incomunicado y con centinelas de vista.

Tanto a Verardo como a Pellicer y a Juan Ramón Solís se les hacía oír, por las noches, cómo se abrían las zahurdas para sacar de ellas a otros detenidos y simular ejecuciones sumarias. A veces escuchaban órdenes de fuego, para después oír al general Eulogio Ortiz vociferar que así irían desapareciendo tantos tales. A Solís lo llamaron una noche para decirle que "ya". Creyó era la hora de la ejecución. Sintió entumecidos todos sus miembros y hasta la lengua. Se le hizo pasar frente a un paredón lleno de agujeros hechos por descargas de balas, y se le conminó a que confesase que el licenciado Medellín Ostos era el organizador del complot. Solís invocó a Dios, para que si era verdad que existía, le diera valor. Negó todo, como siempre. Y se le devolvió a su mazmorra.